

J.R.R. TOLKIEN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN

CUENTOS INCONCLUSOS DE NÚMENOR Y LA TIERRA MEDIA



Ilustrado por

ALAN LEE · JOHN HOWE · TED NASMITH

ն հոյ բոյգ ի մեռնմբո րժն բա պսնո ջոն շրո ջիւ շր շր շր
ւս ք բարձր րպիւնջ բա փլւրբնջ ջիւ շր շր շր լէ նո



TOLKIEN

J. R. R. TOLKIEN

Cuentos inconclusos

de Númenor y la Tierra Media

Introducción, comentario, índice y mapas de
Christopher Tolkien

minotauro

՛ շրո աոնս հաջ ի աոն րո շնո ն առնոնջ րո ն առնոնջ
իջն եջն ի շրոնջ րոն ա բարձրնոնջ րոն ի ունջ ի ջն րո
նոն զոն Է պնոն ի բարձրնոնջ ի Էրոնջ րոն ի բարձրնոնջ :-

Título original: *Unfinished Tales of Númenor and Middle-earth*

Publicado por primera vez en tapa dura por HarperCollinsPublishers en 1992
Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Unwin Hyman 1980

© The Tolkien Estate Limited and C.R. Tolkien 1980

Mapa de Beleriand y de las Tierras del Norte, dibujado por C. R. Tolkien
para *El Silmarillion*, 1977

Mapas de *Númenor* y *El oeste de la Tierra Media al final de la Tercera Edad*

Ilustraciones © John Howe, 2020

Ilustraciones © Alan Lee, 2007, 2020

Ilustraciones © Ted Nasmith, 2007, 2018

© Traducción de Rubén Masera

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.sociedadtolkien.org



® y Tolkien® son marcas registradas
de The Tolkien Estate Limited

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0815-7

Depósito legal: B. 17.801-2020

Fotocomposición: María García

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Lista de ilustraciones	11
Nota	13
Introducción	15

PRIMERA PARTE LA PRIMERA EDAD

1. DE TUORY SU LLEGADA A GONDOLIN	35
Notas	70
2. NARN I HÎN HÚRIN. La historia de los hijos de Húrin	77
La infancia de Túrin	77
Las palabras de Húrin y de Morgoth	86
La partida de Túrin	88
Túrin en Doriath	97
Túrin entre los proscritos	106
De Mîm el Enano	117
La vuelta de Túrin a Dor-lómin	126
La llegada de Túrin a Brethil	132
El viaje de Morwen y Nienor a Nargothrond	135
Nienor en Brethil	144
La llegada de Glaurung	148
La muerte de Glaurung	156
La muerte de Túrin	164
Notas	170
Apéndice	175

SEGUNDA PARTE
LA SEGUNDA EDAD

1. UNA DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE NÚMENOR	189
Notas	196
2. ALDARION Y ERENDIS. La esposa del marino	198
La continuación de la historia	231
Notas	239
3. LA LÍNEA DE ELROS: REYES DE NÚMENOR	
Desde la fundación de la ciudad de Armenelos hasta la Caída	245
Notas	251
4. LA HISTORIA DE GALADRIEL Y CELEBORN	
y de Amroth, Rey de Lorien	255
De Galadriel y Celeborn	261
Amroth y Nimrodel	268
La Elessar	277
Notas	281
Apéndices	284

TERCERA PARTE
LA TERCERA EDAD

1. EL DESASTRE DE LOS CAMPOS GLADIOS	299
Las fuentes de la leyenda de la muerte de Isildur	304
Notas	306
2. CIRION Y EORL Y LA AMISTAD DE GONDOR Y ROHAN	317
(i) Los Hombres del Norte y los Aurigas	317
(ii) La expedición de Eorl	324
(iii) Cirion y Eorl	330
(iv) La tradición de Isildur	338
Notas	341
3. LA BÚSQUEDA DE EREBOR	351
Notas	357
Apéndice	358

ÍNDICE

	9
4. LA BÚSQUEDA DEL ANILLO	367
(i) Del viaje de los Jinetes Negros según lo contó Gandalf a Frodo	367
(ii) Otras versiones de la historia	372
(iii) De Gandalf, Saruman y la Comarca	379
Notas	383
5. LAS BATALLAS DE LOS VADOS DEL ISEN	387
Notas	397

CUARTA PARTE LOS DRÚEDAIN, LOS ISTARI, LAS PALANTIRI

1. LOS DRÚEDAIN	409
La piedra fiel	413
Más notas acerca de los Drúedain	414
Notas	417
2. LOS ISTARI	421
Notas	434
3. LAS PALANTIRI	437
Notas	446
Índice de nombres	451

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA EDAD



DE TUOR Y SU LLEGADA A GONDOLIN

Rían, esposa de Huor, vivía con el pueblo de la Casa de Hador; pero cuando llegó a Dor-lómin el rumor de la Nirnaeth Arnoediad, y sin embargo no tuvo nuevas de su señor, empezó a desesperar y echó a andar sola por el descampado. Allí habría perecido, pero los Elfos Grises acudieron a ayudarla. Porque parte de este pueblo tenía su morada en las montañas al oeste del Lago Mithrim; y allí la condujeron y dio allí a luz a un hijo antes que terminara el Año de la Lamentación.

Y Rían dijo a los Elfos: –Sea llamado *Tuor*, porque ése es el nombre que le dio su padre antes de que la guerra se interpusiera entre nosotros. Y os ruego que lo criéis y lo mantengáis oculto a vuestro cuidado; porque preveo que será ocasión de un gran bien para los Elfos y para los Hombres. Pero yo he de ir en busca de Huor, mi señor.

Entonces los Elfos se apiadaron de ella; pero un tal Annael, el único de entre todos los de ese pueblo que había vuelto de la Nirnaeth, le dijo: –Ay, señora, se ha sabido que Huor cayó junto a Húrin, su hermano; y yace, según creo, en el gran montón de muertos que los Orcos han levantado en el campo de batalla.

Por tanto, Rían se puso en camino y abandonó la morada de los Elfos y atravesó la tierra de Mithrim y llegó por fin a la Haudh-en-Nden-gin en el yermo de Anfauglith, y allí se tendió y murió. Pero los Elfos cuidaron del pequeño hijo de Huor, y Tuor creció entre ellos; y era blanco de cara y de cabellos dorados, como los parientes de su padre, y se hizo fuerte y alto y valiente, y como había sido criado por los Elfos tenía conocimientos y habilidad semejantes a los de los príncipes de los Edain antes de que la ruina asolara el Norte.

* * *

Pero con el paso de los años, la vida de los habitantes de Hithlum que quedaban todavía, Elfos u Hombres, fue volviéndose más dura y peligrosa. Porque como en otra parte se cuenta, Morgoth quebrantó la promesa que había hecho a los Hombres del Este, les negó las ricas tierras de Beleriand que habían codiciado, y llevó a este pueblo

malvado a Hithlum y les ordenó morar allí. Y aunque ya no amaban a Morgoth, lo servían aún por miedo, y odiaban a todo el pueblo de los Elfos; y despreciaron al resto de la Casa de Hador (ancianos y mujeres y niños en su mayoría) y los oprimieron, y desposaron a las mujeres por la fuerza, y tomaron tierras y bienes y esclavizaron a los niños. Los Orcos iban de un lado a otro por el país y perseguían a los Elfos demorados hasta las fortalezas de las montañas, y se llevaban a muchos cautivos a las minas de Angband para que trabajaran allí como esclavos de Morgoth.

Por tanto, Annael condujo a su pequeño pueblo a las cuevas de Androth, y allí tuvieron una vida dura y fatigosa, hasta que Tuor cumplió quince años y fue hábil en el manejo de las armas, el hacha y el arco de los Elfos Grises; y el corazón se le enardeció al escuchar la historia de las penurias de los suyos y deseó ponerse en camino para vengarse de los Orcos y los Hombres del Este. Pero Annael se lo prohibió.

—Lejos de aquí, según creo, te aguarda la perdición, Tuor, hijo de Huor —dijo—. Y esta tierra no se verá libre de la sombra de Morgoth en tanto la misma Thangorodrim no sea derribada. Por tanto, hemos resuelto abandonarla y partir hacia el sur; y tú vendrás con nosotros.

—Pero ¿cómo escapar a la red de nuestros enemigos? Porque sin duda la marcha de un número tan crecido no pasará inadvertida.

—No avanzaremos al descubierto —dijo Annael—, y si la fortuna nos acompaña, llegaremos al camino secreto que llamamos Annon-in-Gelydh, la Puerta de los Noldor; porque fue construido por la sabiduría de ese pueblo, mucho tiempo atrás, en días de Turgon.

Al oír ese nombre Tuor se sobresaltó, aunque no supo por qué; e interrogó a Annael acerca de Turgon. —Es un hijo de Fingolfin —dijo Annael— y es ahora considerado Alto Rey de los Noldor desde la caída de Fingon. Porque vive todavía, el más temido de los enemigos de Morgoth, y escapó de la ruina de la Nirnaeth cuando Húrin de Dor-lómin y Huor, tu padre, defendieron tras él los pasos del Sirion.

—Entonces iré en busca de Turgon —replicó Tuor—; porque sin duda me ayudará en consideración a mi padre.

—No podrás —dijo Annael—. Porque la fortaleza de Turgon está oculta a los ojos de los Elfos y de los Hombres, y no sabemos dónde se encuentra. De entre los Noldor, quizá, algunos conocen el camino, pero nadie habla de eso. No obstante, si quieres hablar con ellos, acompáñame como te dije; porque en los puertos lejanos del Sur es posible que te topes con viajeros que vengan del Reino Escondido.

Así fue que los Elfos abandonaron las cuevas de Androth, y Tuor los acompañó. Pero el enemigo vigilaba y no tardó en advertir la partida de los Elfos; y no se habían alejado mucho de las colinas cuando fue-

ron atacados por una gran fuerza de Orcos y Hombres del Este, y quedaron esparcidos por todas partes mientras huían hacia la caída de la noche. Pero el corazón de Tuor ardió con el fuego de la batalla y luchó durante mucho tiempo y mató a muchos de los que le atacaron; pero por fin fue superado y hecho cautivo y llevado ante Lorgan el Hombre del Este. Ahora bien, este tal Lorgan era considerado el capitán de los Hombres del Este y pretendía regir toda Dor-lómin como feudo de Morgoth; e hizo de Tuor su esclavo. Dura y amarga fue entonces la vida de Tuor; porque complacía a Lorgan darle un tratamiento más cruel todavía que el acostumbrado por ser de la parentela de los antiguos señores, y pretendía quebrantar, si podía, el orgullo de la Casa de Hador. Pero Tuor fue prudente, y soportó todos los dolores y contratiempos con vigilante paciencia; de modo que con el tiempo su suerte se alivió un tanto, y al menos no pereció de hambre como les ocurría a tantos desdichados esclavos de Lorgan. Porque tenía habilidad y fuerza y Lorgan alimentaba bien a sus bestias de carga mientras eran jóvenes y podían trabajar.

Pero al cabo de tres años de servidumbre Tuor vio por fin una oportunidad de huir. Había crecido mucho en estatura, y era ahora más alto y más rápido que ninguno de los Hombres del Este; y habiendo sido enviado junto con otros esclavos a hacer un trabajo en los bosques, se volvió de pronto contra los guardias y los mató con una espada y escapó a las colinas. Los Hombres del Este lo persiguieron con perros, pero de nada sirvió; porque casi todos los perros de Lorgan eran amigos de Tuor, y si lo alcanzaban, jugaban con él, y se alejaban cuando él así lo ordenaba. De este modo regresó por fin a las cuevas de Androth y se quedó allí viviendo solo. Y durante cuatro años fue un proscrito en la tierra paterna, torvo y solitario; y era temido, porque salía con frecuencia y mataba a muchos de los Hombres del Este con que se topaba. Entonces se puso un alto precio a su cabeza; pero nadie se atrevía a acercarse a su escondite, aun con fuerzas numerosas, pues temían a los Elfos y esquivaban las cuevas donde habían habitado. Sin embargo, se dice que las expediciones de Tuor no tenían como propósito la venganza, y que buscaba sin cesar la Puerta de los Noldor, de la que hablaban los Anales. Pero no la encontró, porque no sabía dónde buscar, y los pocos Elfos que habitaban aún en las montañas no habían oído hablar de ella.

Ahora bien, Tuor sabía que, aunque la fortuna aún lo favoreciese, los días de un proscrito están contados, y son siempre pocos y sin esperanza. Tampoco estaba dispuesto a vivir siempre como un hombre salvaje en las colinas desnudas, y el corazón lo instaba sin descanso a grandes hazañas. Fue entonces, según se dice, que se manifestó el poder de

Ulmo. Porque recogía nuevas de todos los que pasaban por Beleriand, y cada corriente que fluía desde la Tierra Media hacia el Gran Mar era para él un mensajero, tanto de ida como de vuelta; y mantenía también amistad, como antaño, con Círdan y los Carpinteros de Barcos en las Desembocaduras del Sirion.¹ Y por ese entonces, Ulmo atendía sobre todo al destino de la Casa de Hador, porque se proponía que ellos desempeñaran un importante papel en la empresa de socorrer a los Exiliados; y conocía perfectamente el infortunio de Tuor, porque en verdad Annael y muchos de los suyos habían logrado huir de Dor-lómin y habían llegado por fin al encuentro de Círdan en el lejano Sur.

Así fue que un día a principios del año (veintitrés a partir de la Nirnaeth) Tuor estaba sentado junto a un manantial que llegaba hasta las puertas de la cueva donde él vivía; y miraba en el oeste una nubosa puesta de sol. Entonces, de pronto, el corazón le dijo que ya no seguiría esperando, sino que se pondría en pie y partiría. –¡Abandonaré ahora las tierras grises de mi parentela que ya no existe –exclamó– e iré en busca de mi destino! Pero ¿a dónde encaminarme? Mucho tiempo he buscado la Puerta y no la he encontrado.

Entonces cogió el arpa que siempre llevaba consigo, pues era hábil en el tañido de sus cuerdas, y sin tener en cuenta el peligro de su clara voz solitaria en el yermo, cantó una canción élfica del Norte para animar los corazones. Y mientras cantaba, el pozo a sus pies empezó a bullir con gran incremento de agua, y desbordó, y un riachuelo corrió ruidoso ante él por la rocosa ladera de la colina. Y Tuor tuvo esto por un signo y se puso de pie sin demora y lo siguió. De este modo descendió de las altas colinas de Mithrim y salió a la planicie de Dor-lómin al norte; y el riacho crecía sin cesar mientras él avanzaba hacia el oeste, hasta que al cabo de tres días pudo divisar en el oeste los prolongados cordones grises de Ered Lómin que en esas regiones se extienden hacia el norte y el sur cercando las lejanas playas de las Costas Occidentales. Hasta esas montañas nunca había llegado Tuor en sus viajes.

La tierra se había vuelto más quebrada y rocosa otra vez al acercarse a las montañas, y pronto empezó a elevarse ante los pies de Tuor, y la corriente descendió por un lecho hendido. Pero a la luz penumbrosa del crepúsculo del tercer día, Tuor encontró ante sí un muro de roca, y había en él una abertura como un gran arco; y la corriente pasó por allí y se perdió. Se afligió entonces Tuor y dijo: –¡Así pues, mi esperanza me ha engañado! El signo de las colinas sólo me ha traído a un oscuro fin en medio de la tierra de mis enemigos. –Y con desánimo en el corazón se sentó entre las rocas en la alta orilla de la corriente, manteniéndose alerta a lo largo de una amarga noche sin fuego; porque era

todavía el mes de Súlimë y ni el menor estremecimiento de primavera había llegado a esa lejana tierra septentrional, y un viento cortante soplabla desde el este.

Pero mientras la luz del sol naciente brillaba pálida en las lejanas nieblas de Mithrim, Tuor oyó voces, y al mirar hacia abajo vio con sorpresa a dos Elfos que vadeaban el agua poco profunda; y cuando subían por los escalones cortados en la orilla rocosa, Tuor se puso de pie y los llamó. Ellos en seguida desenvainaron las brillantes espadas y se abalanzaron sobre él. Entonces él vio que llevaban una capa gris, pero debajo iban vestidos de cota de malla; y se maravilló, porque eran más hermosos y fieros, a causa de la luz que tenían en los ojos, que nadie del pueblo de los Elfos que hubiera visto antes. Se irguió en toda su estatura y los esperó; pero cuando ellos vieron que no esgrimía arma alguna, sino que allí, de pie y solo, los saludaba en lengua élfica, envainaron las espadas y le hablaron cortésmente. Y uno de ellos dijo: –Gelmir y Arminas somos, del pueblo de Finarfin. ¿No eres uno de los Edain de antaño que vivían en estas tierras antes de la Nirnaeth? Y en verdad del linaje de Hador y Húrin me pareces; porque tal te declara el oro de tus cabellos.

Y Tuor respondió: –Sí, yo soy Tuor, hijo de Huor, hijo de Galdor, hijo de Hador; pero ahora por fin quiero abandonar esta tierra donde soy un proscrito y sin parientes.

–Entonces –dijo Gelmir–, si quieres huir y encontrar los puertos del Sur, ya tus pies te han puesto en el buen camino.

–Así me pareció –dijo Tuor–. Porque seguí a una súbita fuente de agua en las colinas hasta que se unió a esta corriente traidora. Pero ahora no sé a dónde volverme, porque ha desaparecido en la oscuridad.

–A través de la oscuridad es posible llegar a la luz –dijo Gelmir.

–No obstante es preferible andar bajo el sol mientras es posible –dijo Tuor–. Pero como sois de ese pueblo, decidme si podéis dónde se encuentra la Puerta de los Noldor. Porque la he buscado mucho, sin cesar desde que Annael de los Elfos Grises, mi padre adoptivo, me habló de ella.

Entonces los Elfos rieron y dijeron: –Tu búsqueda ha llegado a su fin; porque nosotros acabamos de pasar esa Puerta. ¡Allí está delante de ti! –Y señalaron el arco por donde fluía el agua.– ¡Ven pues! A través de la oscuridad llegarás a la luz. Pondremos tus pies en el camino, pero no nos es posible conducirte hasta muy lejos; porque se nos ha encomendado un recado urgente y regresamos a la tierra de la que huimos.

–Pero no temas –dijo Gelmir–: tienes escrito en la frente un alto destino, y él te llevará lejos de estas tierras, lejos en verdad de la Tierra Media, según me parece.

Entonces Tuor descendió los escalones tras los Noldor y vadeó el agua fría, hasta que entraron en la oscuridad más allá del arco de piedra. Y entonces Gelmir sacó una de esas lámparas por las que los Noldor tenían renombre; porque se habían hecho antaño en Valinor, y ni el viento ni el agua las apagaban, y cuando se descubrían irradiaban una clara luz azulina desde una llama encerrada en cristal blanco.² Ahora, a la luz que Gelmir sostenía por sobre su cabeza, Tuor vio que el río empezaba de pronto a descender por una suave pendiente y entraba en un gran túnel, pero junto al lecho cortado en la roca había largos tramos de peldaños que descendían y se adelantaban hasta una profunda lobreguez más allá de los rayos de la lámpara.

Cuando llegaron al pie de los rápidos, se encontraron bajo una gran bóveda de roca, y allí el río se precipitaba por una abrupta pendiente con un gran ruido que resonaba en la cúpula, y seguía luego bajo otro arco y volvía a desaparecer en un túnel. Junto a la cascada los Noldor se detuvieron y se despidieron de Tuor.

–Ahora debemos volvernos y seguir nuestro camino con la mayor prisa –dijo Gelmir–; porque asuntos de gran peligro se agitan en Beleriand.

–¿Es, pues, la hora en que Turgon ha de salir? –preguntó Tuor.

Entonces los Elfos lo miraron con gran asombro.

–Ése es asunto que concierne a los Noldor más que a los hijos de los Hombres –dijo Arminas–. ¿Qué sabes tú de Turgon?

–Poco –dijo Tuor–, salvo que mi padre lo ayudó a escapar de la Nirnaeth y que en la fortaleza escondida de Turgon vive la esperanza de los Noldor. Sin embargo, no sé por qué, tengo siempre su nombre en el corazón y me sube a los labios. Y si de mí dependiese, iría a buscarlo en vez de seguir este oscuro camino de temor. A no ser, quizá, que esta ruta secreta sea el camino a su morada.

–¿Quién puede decirlo? –respondió el Elfo–. Porque así como se esconde la morada de Turgon se esconden también los caminos que llevan a ella. Yo no los conozco, aunque los he buscado mucho tiempo. Sin embargo, si los conociera, no te los revelaría a ti ni a ninguno de entre los Hombres.

Pero Gelmir dijo: –No obstante he oído que tu Casa goza del favor del Señor de las Aguas. Y si sus designios te llevan a Turgon, entonces sin duda llegarás ante él no importa hacia dónde te vuelvas. ¡Sigue ahora el camino por el que las aguas te han traído desde las colinas, y no temas! No andarás mucho tiempo en la oscuridad. ¡Adiós!

Y no creas que nuestro encuentro haya sido casual; porque el Habitante del Piélago mueve muchas cosas en esta tierra quieta. *Anar kaluva tielyanna!*³

Con eso los Noldor se volvieron y ascendieron de vuelta las largas escaleras; pero Tuor permaneció inmóvil hasta que la luz de la lámpara desapareció, y se quedó solo en una oscuridad más profunda que la noche en medio de las cascadas rugientes. Entonces, haciéndose de coraje, apoyó la mano izquierda sobre el muro rocoso y tanteó el camino, lentamente en un comienzo, y luego con mayor rapidez al ir acostumbrándose a la oscuridad y no encontrar nada que lo estorbara. Y al cabo de un largo rato, como le pareció, cuando estaba fatigado, pero sin ganas de descansar en el negro túnel, vio a lo lejos por delante de él una luz; y apresurándose llegó a una alta y estrecha hendedura y siguió la ruidosa corriente entre los muros inclinados hasta salir a una tarde dorada. Porque había llegado a un profundo y escarpado barranco que avanzaba derecho hacia el Oeste; y ante él el sol poniente bajaba por un cielo claro, brillaba en el barranco y le iluminaba los costados con un fuego amarillo, y las aguas del río resplandecían como oro al romper en espumas sobre las piedras refulgentes.

En ese sitio profundo Tuor avanzaba ahora con gran esperanza y deleite, y encontró un sendero bajo el muro austral, donde había una playa larga y estrecha. Y cuando llegó la noche y el río siguió adelante invisible, excepto por el brillo de las estrellas altas que se reflejaban en aguas oscuras, descansó y durmió; porque no sentía temor junto al agua por la que corría el poder de Ulmo.

Con la llegada del día siguió caminando, sin prisa. El sol se levantaba a sus espaldas y se ponía delante de él, y donde el agua se quebraba en espumas entre las piedras o se precipitaba en súbitas caídas, en la mañana y en la tarde se tejían arcos iris por sobre la corriente. Por tanto, le dio al barranco el nombre de Cirith Ninniach.

Así viajó Tuor lentamente tres días bebiendo el agua fría, pero sin deseo de tomar alimento alguno, aunque había muchos peces que resplandecían como el oro y la plata o lucían los colores de los arcos iris en la espuma. Y al cuarto día el canal se ensanchó, y los muros se hicieron más bajos y menos escarpados; pero el río corría más profundo y con más fuerza, porque unas altas colinas avanzaban ahora a cada lado, y unas nuevas aguas se vertían desde ellas en Cirith Ninniach en cascadas de luces trémulas. Allí se quedó Tuor largo rato sentado, contemplando los remolinos de la corriente y escuchando aquella voz interminable hasta que la noche volvió otra vez y las estrellas brillaron frías y blancas en la oscura ruta del cielo. Entonces Tuor levantó la voz y pulsó las cuerdas del arpa, y por sobre el ruido del agua el sonido de

la canción y las dulces vibraciones del arpa resonaron en la piedra y se multiplicaron, y avanzaron y se extendieron por las montañas envueltas en noche, hasta que toda la tierra vacía se llenó de música bajo las estrellas. Porque aunque no lo sabía, Tuor había llegado a las Montañas del Eco de Lammoth junto al Estuario de Drengist. Allí había desembarcado Fëanor en otro tiempo, y las voces de sus huestes crecieron hasta convertirse en un poderoso clamor sobre las costas del Norte antes del nacimiento de la Luna.⁴

Entonces Tuor, lleno de asombro, dejó de cantar y lentamente la música murió en las colinas y hubo silencio. Y entonces en medio del silencio oyó arriba en el aire un grito extraño; y no lo reconoció. Ora decía: –Es la voz de un duende. –O:– No, es una bestezuela que se lamenta en el yermo. –Y luego, al oírla otra vez, dijo:– Seguramente es el grito de un ave nocturna que no conozco. –Y le pareció un sonido luctuoso, y no obstante deseaba escucharlo y seguirlo, porque el sonido lo llamaba, no sabía a dónde.

Por la mañana siguiente oyó la misma voz, y alzando los ojos vio tres grandes aves blancas que avanzaban por el barranco en el viento del oeste, y las alas vigorosas les brillaban al sol recién nacido, y al pasar sobre él gritaron una nota plañidera. Así, por primera vez, Tuor vio las grandes grullas, amadas de los Teleri. Se alzó entonces para seguir las, y queriendo observar hacia dónde volaban trepó la ladera de la izquierda y se irguió en la cima y sintió contra la cara un fuerte viento venido del Oeste; y los cabellos se le agitaban. Y bebió profundamente ese aire nuevo y dijo: –¡Esto anima el corazón como beber vino fresco! –Pero no sabía que el viento llegaba reciente del Gran Mar.

Ahora bien, Tuor se puso en marcha una vez más en busca de las grullas altas por sobre el río; y mientras avanzaba los lados del barranco se iban uniendo otra vez, y así llegó a un estrecho canal, lleno del gran estrépito del agua. Y al mirar hacia abajo, vio una gran maravilla, como le pareció; porque una frenética marejada avanzaba por el estrecho y luchaba contra el río, que seguía precipitándose hacia adelante, y una ola como un muro se levantó casi hasta la cima del acantilado, coronada de crestas de espuma que volaban al viento. Entonces el río fue empujado hacia atrás y la marejada avanzó rugiente por el canal anegándolo con aguas profundas, y las piedras pasaban rodando como truenos. Así la llamada de las aves marinas salvó a Tuor de la muerte en la marea alta; y era ésta muy grande por causa de la estación del año y del fuerte viento que soplaba del mar.

Pero la furia de las extrañas aguas desanimó a Tuor, que se volvió y se alejó hacia el sur, de modo que no llegó a las largas costas del Estua-

rio de Drengist, sino que erró aún algunos días por un campo áspero despojado de árboles; y un viento que venía del mar barría este campo, y todo lo que allí crecía, hierba o arbusto, se inclinaba hacia el alba porque prevalecía el viento del Oeste. De este modo Tuor llegó a los bordes de Nevrast, donde otrora había morado Turgon; y por fin, sin advertirlo (porque las cimas del acantilado eran más altas que las cuevas que había por detrás) llegó súbitamente al borde negro de la Tierra Media y vio el Gran Mar, Belegaer Sin Orillas. Y a esa hora el sol descendía más allá de las márgenes del mundo como una llamarada poderosa; y Tuor se irguió sobre el acantilado con los brazos extendidos y una gran nostalgia le ganó el corazón. Se dice que fue el primero de los Hombres en llegar al Gran Mar, y que nadie, salvo los Eldar, sintió nunca tan profundamente el anhelo que él despertara.

Tuor se demoró varios días en Nevrast, y le pareció bien hacerlo porque esa tierra, protegida por montañas del Norte y el Este y próxima al mar, era de clima más dulce y templado que las llanuras de Hithlum. Hacía mucho que estaba acostumbrado a vivir como cazador solitario en el descampado y no le faltó alimento; porque la primavera se afanaba en Nevrast, y el aire vibraba con ruido de pájaros, los que moraban en multitudes en las costas y los que abundaban en los marjales de Linnaewen en medio de las tierras bajas; pero en aquellos días no se oían en todas aquellas soledades voces de Elfos ni de Hombres.

Llegó Tuor hasta los bordes de la gran laguna, pero las vastas ciénagas y los apretados bosques de juncos que se extendían en derredor le impedían alcanzar las aguas; y no tardó en volverse y regresar a las costas, porque el Mar lo atraía, y no estaba dispuesto a quedarse mucho tiempo donde no pudiera oír el sonido de las olas. Y en esas costas Tuor encontró por vez primera huellas de los Noldor de antaño. Porque entre los altos acantilados abiertos por las aguas al sur de Drengist había muchas ensenadas y calas con playas de arena blanca entre las negras piedras resplandecientes, y visitando esos lugares Tuor descubrió a menudo escaleras tortuosas talladas en la piedra viva; y junto al borde del agua había muelles en ruinas construidos con grandes bloques de piedra, donde antaño habían anclado navíos de los Elfos. En esas regiones Tuor se quedó mucho tiempo contemplando el mar siempre cambiante, mientras el año lento se consumía dejando atrás la primavera y el verano, y la oscuridad crecía en Beleriand, y el otoño de la condenación de Nargothrond estaba acercándose.

Y, quizá, los pájaros vieron desde lejos el fiero invierno que se aproximaba;⁵ porque los que acostumbraban migrar hacia el sur se agruparon temprano para partir, y los que solían habitar en el norte volvieron a sus hogares en Nevrast. Y un día, mientras Tuor estaba sentado

en la costa, oyó un sibilante batir de grandes alas y miró hacia arriba y vio siete cisnes blancos que volaban en una rápida cuña hacia el sur. Pero cuando estuvieron sobre él, giraron y descendieron de pronto y se dejaron caer ruidosamente salpicando agua.

Ahora bien, Tuor amaba a los cisnes, a los que había conocido en los estanques grises de Mithrim; y el cisne además había sido la señal de Annael y su familia adoptiva. Se puso en pie por tanto para saludar a las aves y las llamó maravillado al ver que eran de mayor tamaño y más orgullosas que ninguna otra de su especie que hubiera visto nunca; pero ellas batieron las alas y emitieron ásperos gritos como si estuvieran enfadadas con él y quisieran echarlo de la costa. Luego, con gran ruido, se alzaron otra vez de las aguas y volaron por encima de la cabeza de Tuor, de modo que el aleteo sopló sobre él como un viento ululante; y girando en un amplio círculo subieron por el aire y se alejaron hacia el sur. Entonces Tuor exclamó en voz alta: —¡He aquí otro signo de que me he demorado demasiado tiempo! —Y en seguida trepó a la cima del acantilado y allí vio todavía a los cisnes que giraban en las alturas; pero, cuando se volvió hacia el sur y empezó a seguirlos, escaparon rápidamente.

Tuor viajó hacia el sur a lo largo de la costa durante siete días completos, y cada día lo despertaba un batir de alas sobre él en el alba, y cada día los cisnes avanzaban volando mientras él los seguía. Y mientras andaba los altos acantilados se hacían más bajos y las cimas se cubrían de hierbas altas y florecidas; y hacia el este había bosques que amarilleaban con el desgaste del año. Pero por delante de él, cada vez más cerca, veía una línea de altas colinas que le cerraban el camino y se extendían hacia el oeste hasta terminar en una alta montaña: una torre oscura y tocada de nubes apoyadas en hombros poderosos sobre un gran cabo verde que se adentraba en el mar.

Esas colinas grises eran en verdad las estribaciones occidentales de Ered Wethrin, el cerco septentrional de Beleriand, y la montaña era el Monte Taras, la más occidental de las torres de esa tierra y lo primero que veía el marino desde millas de mar adentro al acercarse a las costas mortales. Turgon había morado en otro tiempo bajo las prolongadas laderas, en los recintos de Vinyamar, las más antiguas obras de piedra de cuantas levantarán los Noldor en las tierras del exilio. Allí se alzaba todavía, desolada pero perdurable, alta sobre amplias terrazas que miraban al mar. Los años no la habían sacudido, y los servidores de Morgoth no habían pasado por allí sin acercarse; pero el viento y la lluvia y la escarcha la habían esculpido, y sobre la albardilla de los muros y las grandes tejas de la techumbre crecían plantas de un verde

grisáceo que, viviendo del aire salino, medraban aun en las hendeduras de la piedra estéril.

* * *

Llegó entonces Tuor a las ruinas de un camino perdido, pasó entre montículos verdes y piedras caídas, y de ese modo y cuando menguaba el día llegó al viejo recinto con los patios altos y barridos por el viento. Ninguna sombra de temor o mal acechaba en estos sitios, pero lo ganó un miedo reverente al pensar en los que habían vivido allí y ahora habían partido nadie sabía a dónde: el pueblo inmortal pero condenado, venido desde mucho más allá del Mar. Y se volvió y miró, como los ojos de ellos habían mirado a menudo, el resplandor de las aguas agitadas que se perdían a lo lejos. Entonces se volvió otra vez y vio que los cisnes se habían posado en la terraza más alta, y se detuvo ante la puerta occidental del recinto; y ellos batieron las alas y le pareció que le hacían señas de que entrase. Entonces Tuor subió por las escaleras ahora medio ocultas entre la hierba y la colleja y pasó bajo el poderoso dintel y penetró en las sombras de la casa de Turgon; y llegó por fin a una sala de altas columnas. Si grande había parecido desde fuera, ahora vasta y magnífica le pareció desde dentro, y por respetuoso temor no quiso despertar los ecos de su vacío. Nada podía ver allí salvo en el extremo oriental, un alto asiento sobre un estrado, y tan quedamente como pudo se acercó a él; pero el sonido de sus pies resonaba sobre el suelo pavimentado como los pasos del destino, y los ecos corrían delante de él por los pasillos de columnas.

Al llegar delante de la gran silla en la penumbra y ver que estaba tallada en una única piedra y cubierta de signos extraños, el sol poniente llegó al nivel de una alta ventana bajo el gablete occidental y un haz de luz dio sobre el muro que tenía enfrente y resplandeció como sobre metal pulido, Entonces Tuor, maravillado, vio que en el muro de detrás del trono colgaban un escudo y una magnífica cota y un yelmo y una larga espada envainada. La cota resplandecía como labrada en plata sin mácula, y el rayo de sol la doraba con chispas de oro. Pero el escudo le pareció extraño a Tuor, pues era largo y ahusado; y su campo era azul y el emblema grabado en el centro era el ala blanca de un cisne. Entonces Tuor habló, y su voz resonó como un desafío en la techumbre: —Por esta señal tomaré estas armas para mí y sobre mí cargaré el destino que deparen.⁶ —Y levantó el escudo y lo encontró más liviano y fácil de manejar de lo que había supuesto; porque parecía que estaba hecho de madera, pero con suma habilidad los Elfos herreros lo habían cubierto de láminas de metal, fuertes y sin embargo delga-

das como hojuelas, por lo que se había preservado a pesar del desgaste y el tiempo.

Entonces Tuor se puso la cota y se cubrió la cabeza con el yelmo y se ciñó la espada; negros eran la vaina y el cinturón con hebilla de plata. Así armado salió del recinto de Turgon y se mantuvo erguido en las altas terrazas de Taras a la luz roja del sol. Nadie había allí que lo viera mientras miraba hacia el oeste, resplandeciente de plata y de oro, y no sabía él que en aquel momento lucía como uno de los Poderosos del Oeste, capaz de ser el padre de los reyes de los Reyes de los Hombres más allá del Mar; y ése era en verdad su destino;⁷ pero al tomar las armas un cambio había ocurrido en Tuor, hijo de Huor, y el corazón le creció dentro del pecho. Y cuando salió por las puertas los cisnes le rindieron homenaje, y arrancándose cada uno una pluma del ala se la ofrecieron tendiendo los largos cuellos sobre la piedra ante los pies de Tuor; y él tomó las siete plumas y las puso en la cresta del yelmo, y en seguida los cisnes levantaron vuelo y se alejaron hacia el norte a la luz del sol poniente, y Tuor ya no los vio más.

Tuor sintió entonces que sus pies lo llevaban a la playa y descendió las largas escaleras hasta una amplia costa, en el lado septentrional de Taras-ness; y vio que el sol se hundía en una gran nube negra que asomaba sobre el mar oscurecido; y el aire se enfrió, y hubo una agitación y un murmullo como de una tormenta que acecha. Y Tuor estaba en la costa y el sol parecía un incendio humeante tras la amenaza del cielo; y le pareció que una gran ola se alzaba en la lejanía y avanzaba hacia tierra, pero el asombro lo retuvo y permaneció allí inmóvil. Y la ola avanzó hacia él y había sobre ella algo semejante a una neblina de sombra. Entonces, de pronto, se encrespó y se quebró y se precipitó hacia adelante en largos brazos de espuma; pero allí donde se había roto se erguía oscura sobre la tormenta una forma viviente de gran altura y majestad.

Entonces Tuor se inclinó reverente, porque le pareció que contemplaba a un rey poderoso. Llevaba una gran corona que parecía de plata y de la que le caían los largos cabellos como una espuma que brillaba pálida en el crepúsculo; y al echar atrás el manto gris que lo cubría como una bruma, ¡oh, maravilla!, estaba vestido con una cota refulgente que se le ajustaba como la piel de un pez poderoso y con una túnica de color verde profundo que resplandecía y titilaba como los fuegos marinos mientras él se adelantaba con paso lento. De esta manera el Habitante de las Profundidades, a quien los Noldor llaman Ulmo, Señor de las Aguas, se manifestó ante Tuor, hijo de Huor, de la casa de Hador bajo Vinyamar.